

I

Empiezo esta carta el día de mi cumpleaños. A esta especie de festejo, le añado un reproche a manera de saludo inicial que acompaña el café que aromatiza todo el espacio, mientras Luca Prodan canta bajito porque sigue vivo...

Don Héctor, Doña Andrea:

Hace mucho que no nos vemos. Y más que preguntarles cómo están, decidí honrar con un mínimo motivo de recuerdo esta interacción escrita porque sé muy bien que, a nuestra poca comunicación acumulada, se le atravesó una pandemia cruel que al parecer no reconoce la puerta de salida. Esta pandemia, además de tristezas varias, no hizo más que sumarle tiempo a la distancia; una combinación de pocas palabras, muchísimos segundos; algunos silencios y también, poco más de un centenar de kilómetros debido a mi estancia casi permanente en Puebla. Quizá no les conté eso. Me tengo que detener en ello porque es probable que no lo sepan, quizá sea una *buena noticia* dentro de varias malas.

Decidí estudiar en la Ibero Puebla; escogí el programa de la Maestría en Hábitat y Equidad Socioterritorial, ahora estoy en pleno cierre de mi último semestre. ¡Ultimo, vaya cosa! Tenían razón los que dijeron que esto se *iría volando*, eso sí: omitieron decir que era necesario tener un buen par de alas para volar. Pero no tomen esto como una presunción, bien saben que no hay espacio para ello es nuestra amistad, el comentario puede ser cualquier cosa, menos eso. Regreso al inicio, porque el motivo de esta misiva es saludarlos, ponernos un poco al día, decirles qué ha sucedido en ese proceso y sobre todo recordar (agradecerles) que un primer viaje que realizamos es ahora motivo de mis más frecuentes desvelos. ¿No les sorprende contarles que mis desvelos no se deben a mis noches de *calimochos*, conversaciones interminables en las mesas del Covadonga o los paseos nocturnos por la Roma cantando por las calles y sus parques entre voces *bien entonadas*? A mi sí, un poco.

Se preguntarán a cuál de todos los viajes me refiero. Sé que hemos ido a varios lados juntos, desde aquellos cortos a pie, recorriendo ruinas, tocando mares, riéndonos y tambaleándonos como las palmeras hasta los que implicaron devorar kilómetros para ir a lugares lejanos. Pero esto, tampoco es un compendio de travesuras, ni una confesión de festejos memorables que hacen brotar la fuente inagotable de sonrisas. Se les extraña, deben saberlo y al escribirles, la memoria quiere entrar en detalles, casi me obliga -como les comentaba- a nombrar ese primer viaje que

realizamos al Valle de Guadalupe, el distante municipio de Ensenada.

En ese viaje fuimos a conocer el hotel boutique recién inaugurado, aún se llamaba Endémico, ya cambió de nombre. El viaje permitió el reencuentro con uno de sus amigos de infancia en nuestro breve paso por *TijuanNation*. Después, un magnífico recorrido de carretera a través del borde de mar, escala obligada en Rosarito. Como una cortesía del lugar, una potente bofetada natural de sutilezas: esa misma noche nos tocó presenciar un desfile de estrellas fugaces que enmarcaron la celebración improvisada de su compromiso matrimonial. Alguien diría que fue un ritual pagano, yo me lo tomé muy en serio, ustedes aún más.

En aquel viaje, fue magnífico conocer varias historias de personajes que nos abrieron las puertas de su casa para presentarnos sus vinos, explicarnos sus cosechas, narrarnos sus proyectos de vida. Me obsesionó saber de esos temas. Recordarán mi insistencia necia en preguntar y seguir conversando. No hubiera sido igual de no percibir su necesidad de contarlo, querían (quizá me estoy justificando) que alguien más los escuchara fuera del eco de sus propias voces rebotando en un valle en el que habitaba una tensa calma. Los oímos y nos hicieron sentir en casa a pesar de sus pesares.

No fuimos turistas, o al menos eso sentía yo. Que nos contaran que algo comenzaba a cambiar y nos describieran sus inquietudes me parecía una increíble provocación, porque ahí estábamos nosotros deleitándonos en ese lugar, viendo paisajes de bruma, viñedos interminables, amaneceres brillantes o noches silentes colmadas de estrellas, caminábamos en una delgada línea entre hedonismo y culpa. ¿Quién se cuestiona eso en un lugar así?

Estoy tratando de recolectar detalles de ese viaje por varias causas, primero porque gracias a él, decidí sacar del cajón polvoso y miserable de las ideas inconclusas o absurdas, el video documental que bauticé como *Las voces del Valle* (<https://vimeo.com/166860849>). En él, pretendía narrar los conflictos que aquellos habitantes nos describían a detalle: carencia de agua, el arribo masivo de turistas, la demanda de servicios, esos eran los temas más mencionados. Quizá una estrella fugaz me desafió la misma noche y asumí que debía intentar amplificar esas voces y por ello me armé de ganas para emprender otros viajes posteriores y encontrarme más aliados.

Alejandro Cabrera de la Maga Films, se aventó conmigo en el inicio a realizar la documentación y nos fuimos con un equipo más robusto a realizar entrevistas, recorridos, una especie de guion que al final no prosperó o no pegó dónde debía pegar, algo debíamos tener y no tuvimos. Yo no

sé si fue suerte, tenacidad, o simplemente recursos, pero intenté por todos lados obtener fondos para terminar, promover el tema, publiqué algunos textos sobre lo que estaba pasando por allá. Esos esfuerzos, que ya no eran solo míos, no se coronaron. En términos simples no se logró. Un poco fastidiado de intentar la misión, decidí que el proyecto debía quedar en manos de otra oportunidad y de qué las cosas mejoraran. Pero ya sabemos que las cosas no mejoran dejándolas en manos de la indiferencia. Y sí, ya saben: empeoraron.

San Andrés Cholula, Puebla, 28 de enero del 2023.

II

Creo que oficialmente han terminado los festejos cumpleaños. Retomo la carta. Suena en Spotify, El cantante.

¡Qué viva Calamaro!

Don Hec, Doña Andy:

Les contaba que a poco más de diez años de distancia, el comentario general es que, algo se ha roto de forma definitiva en el Valle de Guadalupe, la región vitivinícola más importante del país está colmada de oportunidades, pero saturada de tensiones; las voces conocidas de aquellas ocasiones tienen más cosas por decir, ya alertan porque llegaron los festivales temáticos, las bodas masivas, los foros de conciertos, los antros, el desarrollo inmobiliario; piden ayuda en otros canales: redes sociales, *memes*, notas periodísticas, marchas. La frustración tiene otro nivel y también las preocupaciones. ¿Ser espectador, conviene a alguien? Ya saben mi respuesta.

Quizá por esas voces, *recuperé el aire* que tan valorado estaba en la pandemia y decidí proponer ese tema para abordarlo en mi investigación. Creo que sí esa realidad no podía cambiar de golpe, al menos requería y me exigía analizarla. Estaba lejos de entender su complejidad, ese camino de lecturas, debates, cuestionamientos y frustraciones iniciales me hizo ver con mejor claridad lo que debía observar; alejarse a veces ayuda a afinar la mirada. Si las cosas cambiaron, me preguntaba, qué fue con exactitud lo que detonó ese proceso: ¿Cambió el campo, cambiaron las personas, cambiaron las prácticas, los pactos en la comunidad, las dinámicas económicas, aumentaron las exigencias de los turistas, se transformó el lugar? ¿Cambié yo y mi modo de verlo? Y es que, debo cuestionarlo, ¿nosotros, somos acaso los mismos?

Mientras me cuestionaba eso y otras cosas, una nota en *La jornada* del mes de octubre del 2021 me dio un golpe en la cara, me devolvió a la realidad: **Destruyen 25 hectáreas en Valle de Guadalupe para concierto de Nodal**. Así nada más, por un concierto, ¿Qué hay detrás de ello?

Después de revisiones, conceptos, derivas, navegaciones por mi archivo fotográfico, los videos con entrevistas y nuevamente, muchos recuerdos, me di cuenta de la necesidad de hablar de la fragilidad de ese lugar entendido como un territorio rural, aunque ya no es al cien por ciento eso. Entendí, que su condición actual se describía como una especie de territorio poroso, ambiguo, que planteaba un desafío al observarlo: ¿Cómo describir un lugar que ya no era ni totalmente rural, ni escasamente urbano? Como habitantes de la Ciudad de México, nuestra mirada está más que contaminada, literalmente hay una nube de prejuicios opaca y densa para ver esos entornos que no son urbanos pero que nos sostienen, en el sentido más amplio de la palabra. Aquí, ya no era ni una cosa ni otra; ni rural, ni urbano. ¿Entonces?

En ese trance y un sinuoso proceso de exploración inicial encontré registros de diversos territorios que con cierta similitud habían transitado por mutaciones similares a lo largo y ancho del país: Puebla, Michoacán, Morelos, Veracruz, Jalisco, Estado de México, Guanajuato, entre muchos otros. Detrás de esos cambios, había tensiones, conflictos internos, expulsiones, migraciones, despojos, resistencias, casos de éxito económico y fracaso social. Un fenómeno común para diversos estados, municipios y comunidades que se acercaban a un concepto que merodeaba como una voluta de humo permanente la parte superior de mi cabeza, las páginas de mis lecturas: nueva ruralidad. ¿Nueva?

Y es que, según esto, a grandes rasgos, la *nueva ruralidad* describe el proceso de transformación, alteración de las formas de vida y medios de subsistencia de poblaciones rurales para llevarlos a la incorporación de procesos económicos en escala global o local, el abandono del campo o la terciarización de servicios, lo cual hace insostenible desarrollarse en estos lugares y contribuye a que la población busque alternativas de vida que en el corto plazo benefician pero que al tiempo dejan una huella negativa en el territorio quebrantando todo tipo de relaciones internas. ¿Les suena?

Bueno, pues aquí me di cuenta que el conflicto en el Valle no comenzaba con un concierto, ni diez años antes con el hotel boutique, sino en todo el proceso de transformación que había tenido desde la modificación de la ley agraria en 1992, porque básicamente con este cambio hizo posible adquirir parcelas en tierras ejidales y pasarlas a un régimen de propiedad privada. A ello, se le sumarían las presiones globales que significaron para el campo mexicano, la incorporación de México en el Tratado de Libre Comercio y lo atractivo que resultó este lugar como una región vitivinícola al vincularlo al sector turístico. Pues este es el caso de esta región vitivinícola que hoy es la más importante a nivel nacional y que está en medio de un proceso de consolidación de

una nueva ruralidad. Ahora como afirmación: Sí, una nueva.

IV

Puebla de Zaragoza, Puebla, 03 de febrero...

Debo concluir esta carta inconclusa, escribo desde Profética en el centro de la ciudad. Un patio, un cielo azul con café negro, una pequeña fuente y una mesa con disimetría.

Don Hec, Doña Andy:

Aquí estoy, en la recta final de mis estudios. Acomodando palabras, estructurando ideas. Relacionando consejos, asimilando correcciones, buscando argumentos y registrando mi evidencia. Tengo claro que los impactos de ese fenómeno son múltiples. Que hay casos de estudio y que le debo mucho a tantos otros que han puesto la mirada en estos lugares porque con sus trabajos me han motivado a retratar este proceso -que sigue vivo- en este lugar. Son enormes los cambios que veo. Hace unos meses regresé para darme cuenta que el Valle está, literalmente en obra negra, en proceso de construcción. Dicen ahora que hay que *deconstruir* el Valle y no seguir construyendo en él, me aferro a esa idea, pero la realidad ya se desborda.

Observo tres elementos con claridad que se ven afectados por este proceso que la pandemia también aceleró: lo social, porque en ello se incrementan las disputas en la comunidad, las desigualdades, se reducen las oportunidades y más personas llegan esperando trabajar en alguna actividad que les deje mayor ingreso económico, casis siempre, vinculado al turismo, como meseros, por ejemplo. Lo ambiental: es claro que hay mayor producción de basura, mayor consumo de agua, que producir vino cuesta más por esa escasez, que los lotes se siguen haciendo pedacitos lo que significa que la zona agrícola se está reduciendo y que los estacionamientos para los restaurantes siguen creciendo. No hablemos de contaminación de cualquier tipo, quizá hoy ya no es posible ver esas mismas estrellas que vimos. En este viaje, no vi ninguna. A nivel económico, el contraste es claro: muchísimos restaurantes y actividades para los visitantes, también predios que se venden en dólares, nuevos alojamientos, mayor derrama económica, canchas de tenis, bares con música a todo volumen...

Debo decirles que me ha costado mucho entender y seleccionar estos tres rubros, pero son los que mejor ilustran lo que se ha alterado y lo que significa una nueva realidad, una nueva ruralidad de este sitio. En una entrevista reciente me dijeron que actualmente se proyectan en el país, más de quince regiones vitivinícolas. Pienso que si este es el destino de las que vienen, es mejor aprender

de lo que aquí está sucediendo, pero a veces dudo si podemos aprender así. ¿Qué creen ustedes?

Yo, como soy un optimista ruralista, diría uno de mis maestros, pues creo que hay que seguir en esto, amplificando también la labor de las mujeres que se organizan y gestionan acciones de defensa o preservación, las actividades pedagógicas que realizan investigadores, los cambios en los procesos de algunos productores de vino, las nuevas prácticas y compromisos de los guías turísticos y otros personajes que me hacen querer el lugar como si fuera un poco mío, un poco nuestro ya es.

Espero que en algo contribuya cada palabra que he puesto como una especie de camino.

Ya platicaremos, ojalá pronto nos encontremos en ese Valle que, algunas noches nos iluminó desde la oscuridad.

Con cariño y, como mandan los viejos cánones, atentamente:

¡Sho!